



LA GLOBALIZACIÓN ECONÓMICA Y SU REPERCUSIÓN EN LOS PAÍSES EN VÍAS DE DESARROLLO

*“Los intereses de los economistas,
a propósito de los problemas de su época
y, por tanto, sus actitudes con respecto
a esos problemas, condicionan su visión
“general” de los fenómenos económicos”
(J.A. Schumpeter).*

Manuel Jaén

INTRODUCCIÓN

El día 21 de junio de 2002 se celebró en la ciudad española de Sevilla la Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de la Unión Europea correspondiente al primer semestre de 2002 y a la finalización del semestre de presidencia de España. La Cumbre fue acompañada por una gran manifestación (250.000 personas según el foro social de Sevilla, 50.000 según la policía local) de colectivos antiglobalización.

Sevilla fue la protagonista esta vez, pero anteriormente lo fueron Barcelona o Génova (en el 2001 con el triste balance de un muerto), y más atrás en el tiempo Washington hasta retroceder a la primera gran protesta realizada en Seattle en 1999 durante la reunión de la OMC. La mayoría de los manifestantes son jóvenes pertenecientes a distintos colectivos herederos de otros movimientos de los años ochenta tales como ecologistas, antinucleares, izquierda radical, etc. Su actuación, como ciudadanos del primer mundo, es solidaria con los estragos que supone la globalización para los habitantes de los países en vías de desarrollo. En el lado contrario, gobernantes, directivos de las grandes empresas y bancos, y dirigentes del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional ponen el énfasis en lo positivo de la globalización y en que ésta es el único camino para la incorporación de los PVD a cuotas de desarrollo adecuadas que les permitan salir de su situación de pobreza.

El debate penetra cada vez con mayor fuerza en los círculos académicos, aunque está impregnado de ideología, e importantes sociólogos como Ulrick Beck, políticos como Oskar Lafontaine o grandes economistas como J.E. Stiglitz, premio Nobel en 2001, aportan sus cualificaciones profesionales y su experiencia en foros internacionales, proporcionando mayor claridad. Las páginas que siguen intentan reflejar mis ideas y pensamiento con respecto a la globalización o mundialización de la economía aunque son deudoras de las lecturas de esos pensadores que he mencionado y de muchos más.

LAS DIFERENTES CARAS DE LA GLOBALIZACIÓN

Cuando se escucha hablar a los dirigentes de los países del primer mundo y a los colectivos antiglobalización sobre este fenómeno se sacan dos impresiones: viven en mundos distintos y hablan de cosas diferentes.

Por ello mi primera intención en este aspecto es pedagógica. Intentaré definir la globalización y los diferentes aspectos que la comprenden. Una vez hecho esto, estaremos en condiciones de entender si el fenómeno globalizador es inevitable y cuáles son las consecuencias positivas y negativas que trae consigo.

“La globalización es la integración más estrecha de los países y los pueblos del mundo, producida por la enorme reducción de los costes de transporte y comunicación y el desmantelamiento de las barreras artificiales a los flujos de bienes, servicios, capitales, conocimientos y (en menor grado) personas a través de las fronteras”.

Esta definición apunta a cuatro aspectos diferenciados del fenómeno globalizador:



1) Globalización de bienes y servicios o comercial.

El intercambio de mercancías entre diferentes países o regiones ha existido desde los albores de la civilización. Es, sin embargo, a partir del siglo XVI con el auge de las colonias cuando el fenómeno se intensifica con el flujo de materias primas de las colonias a la metrópoli y el de productos manufacturados en sentido contrario. La diferencia con la situación actual es el mayor volumen de intercambio y el aumento de su intensidad y el número de países participantes aunque, salvo contadas excepciones, el flujo se produce en el sentido mencionado anteriormente. No obstante tanto el grado de apertura de la economía como el de comercialización con otros países es diferente según se consideren USA, Canadá, la UE o PVD. Así, el grado de apertura para los primeros no es superior al 20% mientras que para la mayoría de los PVD supera el 40% y, por otra parte, tanto en la UE como en la zona NAFTA se realiza más del 60% del comercio entre los países que las constituyen (comercio intrazonal).

Teóricamente, los diversos acuerdos del GATT (Acuerdo General de Aranceles y Comercio) así como la puesta en marcha de la OMC deberían haber supuesto acuerdos que permitiesen a los PVD exportar sus productos en las mismas condiciones que lo hacen los países desarrollados. Sin embargo EE.UU. y la UE obligan a sus socios comerciales a abrir sus fronteras a sus productos manufacturados mientras que subvencionan y protegen con elevados aranceles a sus sectores primarios, fundamentalmente el sector agrario. Amén de las continuas apelaciones del gobierno estadounidense, a instancias de diferentes grupos de presión, a dumping por parte de las industrias de otros países con las consiguientes medidas proteccionistas incluso en relación con la UE, como ha ocurrido recientemente con el acero y, en ocasiones anteriores, con el aluminio. De esa forma es posible encontrar productos europeos o norteamericanos en los estantes de los supermercados de los PVD a precios a los que le resulta imposible competir a la industria local. Esto cierra un círculo vicioso al que volveremos en seguida, sólo quiero apuntar aquí que la balanza comercial de los PVD se torna deficitaria de forma sistemática. La liberalización forzada no hace más eficientes a los países que la adoptan sino que provoca pérdidas de empleos que no son sustituidos por nuevos empleos, dada la imposibilidad de conseguir capital para invertir en esa supuesta nueva industria.

Un caso paradigmático en este sentido son los acuerdos de creación de una zona de libre comercio (ZLC) entre la UE y los denominados países terceros mediterráneos (Magreb y Egipto), en los que se obliga a estos países a eliminar sus barreras arancelarias en un período de doce años para los productos manufacturados procedentes de la UE mientras que se mantienen, solamente se aumentan los cupos para los productos en los que tienen ventajas comparativas: productos agrarios y textiles.

Es más, los agricultores comunitarios están pidiendo mayor protección y control de los cupos (caso de Almería).

Los PTM se ven obligados a aceptar estas asimetrías en la liberalización comercial bajo la amenaza de retirada de las ayudas que, en forma de créditos FAD, créditos a la exportación o IDE, reciben de la UE.

2) Globalización de capital productivo.

Las mejores condiciones de coste, fundamentalmente por los bajos salarios, para las empresas en los PVD han hecho correr la especie de fuertes movimientos de IDE hacia esos países. Estos movimientos habrían provocado la deslocalización de empresas del primer mundo. La única forma de parar esto sería mediante la bajada salarial y la mayor desregulación de los mercados laborales.

La realidad es muy otra, la mayor parte de los movimientos de capital productivo se han producido en el interior de los países de la OCDE. Sólo excepcionalmente se han creado nuevas empresas en los PVD con IDE siendo la mayor parte de la



inversión la compra, en condiciones inaceptables muchas veces, de empresas privatizadas.

La amenaza continua, por parte de los empresarios, de trasladar su producción a zonas donde los costes salariales son más bajos está colocando a los sindicatos de los países del primer mundo, sobre todo en la UE, en situaciones insostenibles pues se están viendo obligados a aceptar continuas bajadas salariales. Esto ha provocado que los trabajadores estadounidenses ganen hoy, por término medio, un tercio menos que en 1970.

3) Globalización del capital financiero.

La desregulación y la eliminación de barreras a los movimientos de capitales así como la realización de transacciones en forma instantánea de uno a otro extremo del mundo a través de los sistemas informáticos es, probablemente, la forma más genuina de plasmación de la globalización. La libertad de movimiento de capitales ha posibilitado que el 97,5% del movimiento de dinero que se realiza a escala mundial sea de capital financiero, normalmente capital a muy corto plazo, que busca sus ganancias de forma especulativa a través de diferenciales en tipos de interés o divisas.

El carácter especulador y errático de estos capitales ha provocado algunas de las grandes crisis de la economía mundial en estos últimos tiempos, hasta el punto de que continuamente se habla de la dictadura de los mercados de capitales, y muchos gobiernos se ven obligados o mediatizados por sus movimientos a la hora de tomar sus decisiones.

Estos mercados se han alejado sensiblemente de la economía real, del comercio mundial, se han independizado y sustraído a la dirección y los controles nacionales. Los mercados financieros son los que determinan cada vez más las cotizaciones del cambio de divisas y los tipos de interés, presionando con ello a la economía real. Las distorsiones de los precios generadas por la especulación conducen a oscilaciones injustificadas en la cotización de divisas y, lo que es aún más importante, hacen que la política monetaria pierda en los países pequeños el ámbito de actuación que necesita para la coyuntura interna.

4) Globalización en los mercados de trabajo.

A diferencia de la amplia libertad comercial y de movimiento de capitales, cada vez son mayores las restricciones en el movimiento de personas. El único espacio regional en el que es posible la libre circulación de personas es la UE, para sus ciudadanos, aunque las barreras idiomáticas y educativas impiden la existencia, de hecho, de un mercado de trabajo único. Sin embargo, la posibilidad de emigración entre diferentes países es cada vez más complicada. Mientras en el ámbito dirigente es fácil conseguir un visado o un permiso de trabajo, para los trabajadores con menores cualificaciones o no cualificados, la única forma de emigrar a otro país es a través de cupos, muy restringidos, o clandestinamente entrando en el país de destino como turista o introduciéndose ayudados por mafias de traficantes de hombres. La consecuencia es que estos trabajadores ocupan los peores puestos, los más bajos de la escala, con salarios de miseria y, a veces, en condiciones de semiesclavitud.

NEOLIBERALISMO Y GLOBALIZACIÓN. EL PAPEL DE LA REVOLUCIÓN CONSERVADORA

El punto de partida para la situación actual se puede situar en los días posteriores a la guerra árabe-israelí de los “Seis días” de 1973. Los países árabes empezaron a utilizar el petróleo como arma política con fuertes subidas en los precios. Esto provoca una crisis energética en los países occidentales altamente dependientes del petróleo. La crisis lleva a una situación conocida en economía como estanflación, es decir, estancamiento con inflación. Los gobiernos reaccionan con políticas de contención y ajuste estructural de la economía en contra de las políticas de ajuste automático keynesiano que se habían aplicado hasta ese momento. Una nueva generación



de economistas proclama la obsolescencia del keynesianismo y la necesidad de aplicar políticas basadas en el mercado con una intervención mínima del Estado. Esta línea de pensamiento, conocida como neoliberalismo o monetarismo, encuentra un lugar de experimentación en el Chile pinochetista. Al mismo tiempo, sus máximos representantes empiezan a recibir uno tras otro el premio Nóbel, con lo que se establecen como corriente principal de la economía, arriñonando a los defensores del keynesianismo y el estado del bienestar.

El reconocimiento definitivo lo reciben con la ascensión al poder de R. Reagan en EE.UU., y M. Thatcher en U.K., que ponen en práctica sus ideas de desregulación, eliminación del poder de los sindicatos, exaltación de la libertad individual, minimización del estado de bienestar, etc. R. Reagan lleva a cabo una política de disminución impositiva para los más ricos (basándose en la denominada curva de Laffer) y eliminación de los subsidios y las subvenciones a los pobres pero, a la vez, lleva al gobierno federal estadounidense a un enorme déficit provocado por sus altísimos gastos militares; al mismo tiempo elimina la mayoría de las trabas y regulaciones que existían para las grandes corporaciones y el movimiento de capitales; por su parte M. Thatcher lleva en su programa político la eliminación del poder de los sindicatos en U.K., aunque comienza a privatizar grandes empresas estatales por necesidades presupuestarias, convirtiéndose las privatizaciones y la venta de viviendas municipales en las dos grandes estrellas de sus realizaciones gubernamentales.

La doctrina económica predominante en estos gobiernos se extiende a las grandes organizaciones multinacionales o multilaterales, Fondo Monetario Internacional (FMI), Banco Mundial (BM), GATT (Acuerdo General sobre Transporte y Aranceles) y, posteriormente, OMC (Organización Mundial de Comercio). Las sucesivas crisis provocadas en los PVD por la deuda externa posibilitan a estos organismos, fundamentalmente el FMI, la puesta en marcha de políticas de ajuste estructural basadas en el denominado “consenso de Washington”. Estas políticas de estabilidad tienen como fundamento principal la estabilidad macroeconómica: inflación baja con altos tipos de interés, equilibrio presupuestario, privatizaciones de empresas públicas, libertad de mercado, tipos de cambio estable, libertad de movimientos de capitales, apertura de las fronteras y flexibilización del mercado de trabajo, eufemismo bajo el que se esconde una elevada precarización del mercado de trabajo.

Esta doctrina pregonada por doquier por el FMI y, en menor medida, el BM y auspiciada por el Tesoro Americano, fue realizada por la caída en 1989 del Muro de Berlín, lo que llevó a la proclamación del Capitalismo Occidental, fundamentalmente estadounidense, como único sistema económico. La eliminación del muro de contención comunista lleva a los políticos conservadores y sus alter ego empresariales a la puesta en práctica del desmantelamiento de las conquistas de los trabajadores en los estados con comportamiento socialdemócrata del Norte y Centro de Europa, y a la eliminación de las pocas conquistas sociales que existían en los EE.UU. La consecuencia de esta situación es la enorme brecha que se ha abierto entre ricos y pobres en la mayoría de estos países. La brusca desaparición y proletarización de las clases medias. La pérdida de poder adquisitivo de los asalariados y la adquisición de enormes privilegios y salarios de fábula por parte de los ejecutivos de las empresas, así como la miseria de una gran parte de los ciudadanos de los países desarrollados que han perdido sus redes de seguridad de desempleo y sanidad gratuita con enorme inseguridad en el empleo y salarios muy bajos.

Las políticas enmarcadas en la denominación Consenso de Washington han sido resumidas por uno de sus formuladores (Williamson) en los siguientes diez puntos:

- disciplina presupuestaria,
- cambios en las prioridades del gasto público desde las áreas menos productivas a otras como sanidad, educación e infraestructuras que se consideran que son las más (sic) y contribuyen a luchar contra la pobreza,
- la reforma fiscal encaminada a buscar bases imponibles amplias y tipos marginales moderados,
- liberalización financiera con un énfasis especial en que los tipos de interés vengán determinados por el mercado y sean positivos en términos reales,



- búsqueda y mantenimiento de tipos de cambio competitivos, en lugar de aspirar a los llamados “tipos de cambio de equilibrio fundamental”,
- liberalización comercial,
- política de apertura respecto a la inversión extranjera directa y la inversión extranjera en general,
- política de privatizaciones,
- política desreguladora,
- derechos de propiedad firmemente establecidos y garantizados.

En definitiva, la palabra fundamental para el consenso de Washington es “mercado”. La economía debe regirse por los dictados del mercado en todos sus aspectos y minimizar el papel del Estado. Un gobierno que se someta a las implicaciones de la política económica propia del neoliberalismo está obligado a retirarse en gran medida de los acontecimientos de carácter económico. La influencia estatal ha de mantenerse lo más reducida posible y las condiciones sociales de vida han de privatizarse cuanto sea posible. El Estado ha de limitarse a los cometidos de ordenación política. Debe renunciar a una política de coyuntura y empleo que responda a cada caso particular. Los impuestos tienen que bajarse y las subvenciones, sobre todo en el ámbito social, tienen que reducirse al mínimo. La política monetaria desempeña el cometido de poner a disposición del crecimiento económico la cantidad de dinero necesaria. Le incumbe exclusivamente la responsabilidad en la estabilidad de precios.

La UEM se puso en marcha bajo presupuestos propios del neoliberalismo. Las condiciones de Maastrich para formar parte de la Europa del Euro eran condiciones financieras: déficit, inflación, deuda pública, tipos de interés sin poner ningún énfasis en la economía real. El pacto de estabilidad al que se han comprometido todos los países de la UEM insiste en los aspectos financieros, en él todos los países se obligan a mantenerse en la senda de la inflación baja y con un déficit público por debajo del 3%, disminuyendo, al mismo tiempo, la deuda pública, debiendo los países ultradeficitarios pagar sanciones (depósitos y multas) mientras que el BCE tiene como único objetivo la estabilidad monetaria, es decir, la contención de la inflación, mientras que los estatutos del Banco de la Reserva Federal estadounidense colocan al mismo nivel que la inflación a la creación de empleo y el crecimiento económico.

El pacto de estabilidad y el BCE han colocado a los países europeos en una situación en la que pueden tomar pocas medidas de política fiscal y monetaria. Les queda un amplio margen para las reformas estructurales que algunos gobiernos están utilizando ampliamente en cuanto a las privatizaciones de empresas públicas y la reforma del mercado de trabajo.

LOS ORGANISMOS MULTILATERALES Y SUS POLÍTICAS DE AJUSTE

Este “fundamentalismo de mercado” ha guiado la actuación moderna del FMI. El organismo creado a partir de los acuerdos de Breton-Woods tras el final de la II GM tenía como misión aportar liquidez para aquellas economías que estuviesen en crisis según los postulados keynesianos. Sin embargo su actuación en las crisis de los años 80 y 90 ha sido todo lo contrario. Cuando el FMI ha acudido a los países con problemas, sus actuaciones se han basado, teóricamente, en la búsqueda de un marco macroeconómico equilibrado, un gobierno de menor tamaño y más eficiente, y un sector privado eficiente y en expansión. Esto ha implicado la puesta en marcha de políticas de disminución de la inflación, control de los tipos de cambio, equilibrio presupuestario, subida de los tipos de interés, desregulación y privatización de las empresas públicas, apertura de la economía al exterior con libre entrada y salida de capitales y mercancías, eliminación de los subsidios a los alimentos básicos dejando que el mercado decida los precios de todos los bienes y servicios. Estas políticas buscan en la mayor parte de los casos crear las condiciones para que los países endeudados puedan devolver toda o parte de su deuda sin importar el rastro social que van dejando: pérdida de competitividad de las empresas nativas, aumento del desempleo, redistribución de la renta más injusta y, en último extremo, aumento exponencial del número de pobres.



El FMI ha aplicado sistemáticamente este tipo de políticas y, como subraya el profesor Stiglitz, ha cosechado un fracaso tras otro pues sus consecuencias han sido colocar a los países en mucha peor situación que en la que estaban inicialmente, pues se han vendido las empresas públicas a multinacionales o empresas de otros países a precios muy por debajo de su verdadero valor y sin crear condiciones competitivas de manera que muchas de ellas han pasado de ser monopolios públicos a ser monopolios privados, se ha controlado artificialmente el tipo de cambio (aquí sí se ha intervenido) permitiendo a los inversionistas y capitalistas, tanto del extranjero como del propio país, sacar su dinero en condiciones muy favorables después de dejar exhaustas las reservas del Banco Central, se ha permitido a la Banca extranjera instalarse o comprar la banca autóctona llevando a la bancarrota a la pequeña banca independiente de esos países, se ha permitido la libre entrada de bienes de importación sin haberse eliminado por los grandes países las barreras para la exportación con lo que se ha hundido a la industria local sin obtener contrapartidas de realizar exportaciones competitivas. En definitiva, salvo casos muy excepcionales, las actuaciones del FMI han empeorado las posiciones de los que mantienen la promesa de un aumento de la productividad y mayores niveles de vida. Pero la globalización también es temida y frecuentemente condenada, porque a veces acarrea inestabilidad y cambios indeseables.

El propio Banco Mundial corrobora estas afirmaciones anteriores: “Se alaba la globalización por las nuevas oportunidades que trae consigo, como el acceso a nuevos mercados y la transferencia de tecnología, oportunidades por las que los trabajadores, debido a la competencia de las importaciones baratas, ven amenazados sus puestos de trabajo; socava la solidez de los bancos y a veces de economías enteras cuando los flujos de capital los arrollan.

GLOBALIZACIÓN, IMPERIALISMO, INTERNACIONALIZACIÓN

La globalización es presentada por sus exegetas, y por algunos que están en desacuerdo con ella, como inevitable. Así J. Stiglitz aunque está en desacuerdo con las formas de actuación de los grandes organismos multilaterales, FMI y OMC y, en menor medida, el BM (no olvidemos que fue Economista Jefe y Vicepresidente de dicho organismo hasta mediados de 2001), y critica abiertamente el fundamentalismo de mercado y las actuaciones que trae consigo, también considera que la globalización ha producido grandes beneficios: “el éxito del Este asiático se basó en la globalización, especialmente en las oportunidades de comercio y los mayores accesos a mercados y tecnologías. La globalización ha logrado mejoras en la salud y también una activa sociedad civil global que batalla por más democracia y más justicia social” y concluye: “el problema no es la globalización sino el modo en que ha sido gestionada”. Para él “el descontento con la globalización no surge sólo de la aparente primacía de la economía sobre todo lo demás, sino del predominio de una visión concreta de la economía –el fundamentalismo de mercado– sobre todas las demás visiones. En muchos lugares del mundo la oposición no es a la globalización per se sino al conjunto de doctrinas, las políticas del consenso de Washington que han impuesto las instituciones financieras”.

Para Petras y Veltmeyer es mucho más adecuado hablar de imperialismo. Según ellos “utilizando el concepto de imperialismo, la red de instituciones que definen la estructura del nuevo sistema económico global no aparece en términos estructurales sino como intencional y contingente, sometida al control de los individuos que representan y tratan de promover los intereses de una nueva clase capitalista internacional”.

El concepto de globalización argumenta en pro de la interdependencia de las naciones, la naturaleza compartida de sus economías, la reciprocidad de sus intereses y los beneficios comunes de sus intercambios. El imperialismo, en contraste, destaca el dominio y la explotación por parte de los estados imperialistas y de las sociedades y bancos multinacionales de los estados menos desarrollados y de las clases trabajadoras.

En cuanto a la causa de las corrientes multinacionales de capital y de tráfico de mercancías, la globalización la atribuye a causas difusas de un cambio tecnológico y de flujos de información y a la noción abstracta de fuerzas de mercado. En contraste, el concepto de



imperialismo considera a las empresas y bancos multinacionales y a los estados imperialistas como la fuerza impulsora de los flujos de capital y del comercio de mercado.

Para Navarro es mucho más lógico hablar de regionalización e internacionalización de la economía. En contra de las tesis globalizadoras, que él resume en la siguiente forma:

- Un nuevo orden económico, sin precedentes históricos, se ha establecido.
- El centro de la actividad económica internacional son las unidades económicas llamadas corporaciones multinacionales.
- El poder de las multinacionales es mayor que el de cualquier Estado forzando a éste a seguir políticas públicas de su agrado de forma que aquellos Estados que no siguen sus dictámenes son penalizados.
- Piensa que los Estados juegan un papel clave en la regionalización e internacionalización de la actividad económica, siendo los Estados que mayor éxito han tenido en su integración regional e internacional los Estados intervencionistas de tradición socialdemócrata, y que tanto en comercio como en inversiones productivas, el mayor porcentaje de la actividad económica se realiza dentro de cada país y región, con la mayoría de las actividades realizadas dentro de los países capitalistas desarrollados.

Si nos atenemos a las cifras no les falta razón a estos autores:

- las exportaciones suponen el 15% de la producción mundial de manera que el 85% del producto mundial sigue radicado en los mercados nacionales. La mayor parte del comercio es intraregional, por ejemplo el 70% del comercio de la UE se produce en el interior de la región.
- El comercio exterior japonés no representa más del 10% de su PIB, para EE.UU. y para la UE es sólo del 8%.
- El 70% del conjunto mundial de las inversiones directas extranjeras (IDE) se concentra en la Europa Occidental, Estados Unidos y Japón, países de donde, además, procede el capital.
- La UE, EE.UU. y Japón están generando 2/3 de la producción mundial, 2/3 del comercio mundial y 4/5 de las inversiones directas hacia el exterior.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

La globalización entendida como una mayor integración de los mercados y como aumento de los flujos económicos internacionales es, esencialmente, un fenómeno propio de los países de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) y poco más. La UE, EE.UU. y Japón están generando cerca de los 2/3 de la producción mundial, 2/3 del comercio mundial y 4/5 de la inversión directa hacia el exterior. La mayor globalización está implicando una menor participación o una mayor marginación de grandes áreas del mundo respecto de dichos flujos aunque dependan de ello para continuar sobreviviendo.

En los países desarrollados, la falacia de la globalización, el miedo a la pérdida de los puestos de trabajo por la marcha de las empresas está provocando fuertes bajadas salariales en busca de una supuesta competitividad empresarial. Las reformas del mercado de trabajo son frecuentes con la excusa de hacerlo más flexible para disminuir el paro. Los impuestos sobre la renta se han convertido casi exclusivamente en impuestos sobre los salarios desapareciendo del gravamen las rentas del capital. Esto tiene una doble consecuencia, por una parte, para mantener su recaudación los Estados tienen que aumentar los impuestos indirectos que son muy regresivos; por otra, la contención de costes trae consigo el recorte de los gastos públicos fundamentalmente en infraestructuras y gastos sociales que son, precisamente, los que posibilitan el crecimiento. De esta forma nos encontramos con la paradoja de que el afán por ser competitivos, disminuyendo los costes, lleva a estancamiento, deflación y, en último extremo, a situaciones recesivas como las que vive la UE en estos momentos.

La doctrina globalizadora somete lo político a lo económico, coloca la eficiencia económica por encima de cualquier otra consideración. Confunde lo que son simples



medios: control de la inflación o de los tipos de interés o equilibrio presupuestario con los objetivos de la economía. En palabras del escritor Günter Grass: “una democracia no puede tener como objetivo incrementar los réditos del capital o maximizar el valor de las acciones. Una democracia tiene como objetivo permitir la participación de todas las personas en la vida política con igualdad de derechos, y este es el objetivo al que sirve una nueva política económica y financiera que haga de la lucha contra el desempleo su centro de interés. Esta política no toma la globalización como una ocasión para asustar a la gente, sino como una oportunidad para incrementar el bienestar de todos los participantes en la economía mundial”.

Para resaltar los problemas y conflictos que crea la globalización hay que adoptar un doble punto de vista que, en la mayor parte de las ocasiones se convierte en único. La visión institucional del FMI y de la OMC se complementa o está al servicio de la visión de los países del G7 y la visión de éstos es, muy a menudo, la de los presidentes y consejeros delegados de las grandes corporaciones. De esta forma, el punto de vista institucional es el de los poderosos que buscan aumentar los beneficios de sus empresas o, como se ha puesto de moda en los últimos tiempos, maximizar el valor para el accionista, sin parar en mientes en los prejuicios que pueden causar a naciones enteras, asalariados de los países desarrollados o al medio ambiente que nunca forma parte de los complejos modelos de donde sacan sus recomendaciones los oráculos del FMI, del BM o de la OMC.

Los escándalos de grandes multinacionales tales como Enron, Merck, World Com, Xerox o Bristol-Myers posibilitados por la falta de regulación y por la necesidad de sus directivos de presentar unos beneficios ficticios para mantener el valor de las acciones y seguir cobrando sus desorbitadas remuneraciones, casi seguramente darán lugar a un reflujó regulatorio por parte de los EE.UU. y, en consecuencia, de los demás países del G-7 y de la OCDE, en busca de evitar esos episodios que ensombrecen la imagen del capitalismo multinacional. Lo problemático es que ni las autoridades de la SEC ni los analistas financieros se han dado cuenta, o no han querido dársela, de que estos acontecimientos no son episódicos sino que forman parte de la raíz del capitalismo y que la única forma de evitarlos es mantener una adecuada vigilancia de su comportamiento por parte de las autoridades económicas y financieras. Es posible que estemos asistiendo a la ruina de las ideas desreguladoras, probablemente provocada por sus propios sostenedores.

Hoy la globalización es desafiante en todo el mundo. Hay malestar con la globalización y con sobrados motivos. La globalización puede ser una fuerza benigna: la globalización de las ideas sobre la democracia y la sociedad civil han cambiado la manera de pensar de la gente y los movimientos políticos globales han llevado al alivio de la deuda y al tratado de las minas terrestres. La globalización ha ayudado a cientos de personas a alcanzar mejores niveles de vida, más altos de los que ellos mismos, o la mayoría de los economistas, considerarían inimaginables hace poco tiempo. La globalización de la economía ha beneficiado a los países que han aprovechado esta oportunidad, abriendo nuevos mercados para sus exportaciones y dando la bienvenida a la inversión extranjera. Para millones de personas la globalización no ha funcionado. La reacción contra ella obtiene su fuerza no sólo de los perjuicios ocasionados a los países en desarrollo por las políticas guiadas por la ideología sino también por las desigualdades del sistema comercial mundial. En la actualidad son pocos los que defienden la hipocresía de pretender ayudar a los países subdesarrollados obligándolos a abrir sus mercados a los bienes de los países industrializados más adelantados y, al mismo tiempo, proteger a los mercados de éstos. Esto hace a los ricos cada vez más ricos y a los pobres cada vez más pobres y... enfadados. ■

BIBLIOGRAFÍA

- ARRIOLA, J. Y GUERRERO, D. (eds) (2000): *La nueva economía política de la globalización*. Servicio Editorial Universidad del País Vasco.
- BECK, U. (1998): *Qué es la globalización*. Paidós. Madrid.



- FARRÉ, M Y ALLEPUZ, R. (dir) (2001): *Globalización y dependencia*. Edicions de la Universitat de Lleida. Lleida.
- GRAY, J. (2000): *Falso amanecer*. Paidós, Estado y Sociedad. Madrid.
- LAFONTAINE, O. Y MÜLLER, C. (1998): *No hay que tener miedo a la globalización*. Biblioteca Nueva. Madrid.
- MARTÍN, H. P. Y SCHUMANN, H. (1998): *La trampa de la globalización*. Tarus. Madrid.
- NAVARRO, V. (2000): *Globalización económica, poder político y Estado de bienestar*. Ariel. Madrid.
- PETRAS, J. Y VELTMEYER, H.: *El imperialismo en el siglo XXI*. Editorial Popular. Madrid.
- STIGLITZ, J. E. (2002): *El malestar de la globalización*. Taurus. Madrid.